

André Gide y su novela "Les Faux-Monnayeurs"

¿QUÉ imagen nos formamos de un escritor llegado a la plena madurez de su vida, de su talento, de sus éxitos? Lo pinta muy bien la expresión francesa: un escritor *arrivé*: un escritor que *ha llegado*. Por lo tanto, sólo le queda ya perfeccionar, sin buscar más... Busca, sí, honores y consagraciones oficiales. Vemos al escritor *arrivé* muy condecorado, y al fin, académico. Lo invitan a tomar te las damas «snobs». Y los jóvenes empiezan a mirarlo con cierta desconfianza...

Es el principio de la vejez.

Para no envejecer, para reñir de una vez con la estagnación y la respetabilidad, André Gide ha encontrado dos medios: evolucionar y escandalizar...

Cada uno de sus nuevos libros es una sorpresa literaria.

Y cada uno de sus nuevos libros es un escándalo.

Después de «Corydon», le dieron vueltas las espaldas todos sus amigos. En cambio, él remató los ejemplares dedicados de las obras de los escritores que le habían manifestado su desagrado; y con el producto de esta venta en la cartera, más joven que nunca, más lleno que nunca de curiosidades, se fué a África a buscar elementos para un nuevo libro (que será un nuevo escándalo), cazando, inocentemente, mariposas...

• • •

Con su libro reciente, «Les faux monnayeurs», André Gide ha logrado escandalizar al mismo París. La prensa dió a voz en cuello la alarma: «Una ola de barro», exclama Mauclair; la

virtud oficial puso el grito en el cielo; fué una batahola, una explosión; lo más grave, es que han sufrido los hombres buenos. Georges Duhamel nos dijo: «Cuando Ud. tenga hijos, Ud. odiará este libro... Quizás muchachos y niños lleguen a suicidarse por el libro aquel...» Que el caso de Gide y el tema de «*Les faux monnayeurs*» sean de rara aberración moral, no cabe duda. Pero no creo que el ejemplo de sus personajes, Olivier, Bernard, Edouard, el Conde de Passavant, etc., tengan gran influencia sobre el lector. El que se deja influenciar por un libro es, por lo general, un ser idealista e hipersensible; puede sentir deseos de imitar las fechorías heroico-criminales de la peor novela policial; pero hay en el libro de Gide acedeces, ironías, crueldades, que lo hacen irremediamente anti-pático a todo ser sano y entusiasta, o medianamente delicado. ¿Hay los demás, los que no son sanos y delicados?... Pero aquellos inventarían las peores perversiones, si no existieran... *Les faux monnayeurs* es un libro cínico, pero no lo creo tan peligroso. Un libro que nos hace sonreír no puede hacernos mucho daño. Y con *Les faux monnayeurs* nos sonreímos constantemente. No logramos tomar a lo trágico lo que allí sucede, aunque se cuenten robos, abusos de confianza, dos intentos de proceso, dos cuasi suicidios, un suicidio, la muerte de una dulce chiquilla, una loca, un loco, un asesinato y cuanto hay... Sentimos que Gide se ha entretenido con sus personajes y nosotros no podemos hacer menos que divertirnos también. Sentimos que en lo más patético de un capítulo, al dibujar el rasgo más trágico de una figura dolorosa (la admirable del músico La Pérouse, por ejemplo), ya con la lágrima en el rabillo del ojo, ha pensado, para no conmoverse, lo que se les dice a los niños en los cuentos de ogros: «No llores, hombre, que eso no es verdad...» Y Gide no llora. Afila, al contrario, su cortante talento, su cinismo, su ironía, y quiere compensar con perfección artística la vibración humana que le falta. Pero «no se la pega» al lector.

Lo vemos tratar con la mayor displicencia todos los sentimientos, dejar consagrados únicos reyes y señores del mundo

la ambición y la hipocresía; todo lo niega su pesimismo, y su ironía disuelve lo demás... Pero paciencia...: a nosotros también nos tocará sonreír: a ese Gide que señala con tan elegante cinismo las miserias y pequeñeces de la vida social, lo vemos volverse cándido, sentimental «florcita azul», cuando se refiere a esas pasiones a lo Sodoma y Gomorra que son de su predilección. Todo el libro tiende a probarnos que la mujer es la única fuente de complicaciones y... pecado, en la vida, mientras que de lo que Anatole France llamaba «faltas de ortografía» —la tendencia a equivocar lo masculino con lo femenino— resulta infaliblemente la felicidad. ¿Cabe mayor... candidez? Un amigo nuestro ha escrito que *Les faux monnayeurs* son un apólogo, estilo Madame de Ségur, entre los buenos invertidos, representados por Edouard, y los invertidos perversos, representados por el Conde Passavant. Para mayor sal y pimienta, todo París sabe que Edouard es el propio Gide, y que Passavant, el demoníaco Passavant, que logra reputación de hombre de talento repitiendo dichos y opiniones ajenas, el autor de «La barre fixe», no es sino el poeta Jean Cocteau...

• • •

André Gide considera que *Los monederos falsos* son su primera novela. Él no reconoce como tales «Par la porte étroite», «Les caves du Vatican», «La symphonie pastorale», y demás obras de imaginación y psicología. ¿Qué es, pues, según Gide, una novela? En *Les faux monnayeurs* nos da su teoría, y pretende darnos un ejemplo. He aquí una de las teorías: «Despojar la novela de todo lo que no le pertenece específicamente al género de la novela. Igual como la fotografía ha librado a la pintura de la preocupación de ciertas exactitudes, el fonógrafo limpiará sin duda a la novela de sus diálogos postizos, de los cuales se vanagloria el realista. Los acontecimientos exteriores, los accidentes, los traumatismos, le pertenecen al cine; la novela debe dejárselos. Hasta la descripción de los personajes no me parece pertenecer propiamente a la novela... El novelista,

habitualmente, no le presta bastante crédito a la imaginación del lector». André Gide pone esas palabras en boca de Edouard, que es escritor, como Gide; y más lejos, aludiendo a una novela que proyecta Edouard, y que debe llamarse precisamente «Les faux monnayeurs»: Mi novela no tiene tema. Digamos si Ud. prefiere, que no tiene *un* tema... «un trozo de vida», decía la escuela naturalista. El gran defecto de esa escuela, es el de cortar su trozo siempre en el mismo sentido; en el sentido del tiempo, a lo largo. ¿Por qué no a lo ancho? ¿O ahondando? Yo no quisiera cortar... Comprenda: quisiera que *todo* entrase en mi novela. Nada de tijerelazo que suspenda, aquí y allá, su sustancia...» Más allá: «No tengo plan. Un plan, para una novela de esta clase, es imposible. Todo se falsearía si yo resolviese algo de antemano. Espero que me lo dicte la realidad. —Pero, objeto un contradictor, pensaba que Ud. deseaba alejarse de la realidad.—Mi novelista lo desea,—responde Edouard, —pero siempre lo devolveré a la realidad. En verdad, este será el tema: la lucha entre los hechos propuestos por la realidad, y la realidad ideal».

El libro tiene la complejidad y las contradicciones de esas opiniones; por eso me he resuelto citarlas tan detenidamente. Hay quienes pretenden que Gide no ha realizado lo que se ha propuesto, y que *Los monederos falsos* son el aborlo de un gran libro. Me permito dudar... El tono general de la obra no es de un escritor que se pone en actitud *genial* para escribir algo trascendental. Gide es demasiado clarovidente para que haya pretendido batir a Dostoiewsky en el terreno de lo patético. Un hombre que, como Gide, es dueño de su talento, y es capaz de cambiar de estilo como de camisa,—comparar el preciosismo de «Les nourritures terrestres», por ejemplo, con el «ansfaçon» de «Los falsos monederos» —conoce exactamente la medida de sus fuerzas, y nos da lo que quiere darnos...

No vamos a entrar a discutir hasta qué punto Gide ha realizado lo que el novelista Edouard quería realizar en su novela «Los falsos monederos». Pero, sí, podemos señalar este hecho: Gide, con su claridad francesa, con su don de análisis, de la

medida, ha tratado de asimilar los novelistas rusos, y en gran parte lo ha logrado. Y hasta si su libro no es una obra perfecta, es una obra importantísima, pues habrá, con seguridad, de influenciar a los jóvenes literatos. En primer lugar, va en contra de la nueva tendencia de: «la novela ha envejecido; ya no se escriben novelas; ya *no se debe* escribir novela...» No rejuvenece el género, sino al contrario nos recuerda a todos que hubo obras movidas, interesantísimas, de honda psicología y emoción intensa, que son novelas excelentes; nos obliga a no desdeñar recursos antiguos, incitándonos, sí, a renovarlos, según lo exige nuestra juvenil sensibilidad.

MARCELLE AUCLAIR.

París, Marzo, 1926.